

mas juzgo que, sin dudas ni barrenos,  
 serán un par de pies, pie más ó menos.  
 Pero lo que no ignoro  
 es que están (á pesar de su decoro)  
 de ser buenos soldados imposibles,  
 si en las funciones se hacen invisibles;  
 pues es (sin afectadas presunciones  
 como pregonan todas las naciones)  
 de militar indigno y mentecato  
 quien de miedo se mete en un zapato;  
 además de que nunca logra junto  
 honra y valor quien tiene poco punto;  
 y así, Anarda, sabrá tu desengaño  
 para evitar el daño,  
 que son indiscupables devaneos  
 querer hacer la guerra con pigmeos;  
 y en fin, si acaso á guerra los avías  
 sea solo para hacer las correrías.  
 Por ignorar también tampoco pinto  
 lo que oculta tu saya en su recinto,  
 que es ordinario achaque de este tranco  
 el haber de pasarle siempre en blanco;  
 á más que lo que en tí la saya encierra  
 sábelo que es la sangre de la guerra,  
 siendo su pabellón adonde se halla  
 el campamento real de la batalla,  
 y se puebla mejor (sin ser burlesco)  
 con la gente que le entra de refresco;  
 y sobre estas seguras propiedades  
 que hacen tus atractivos vanidades,  
 porque logre mejor de mi esperanza  
 su mas apetecida semejanza,  
 muralla es contra el sexto  
 adonde yo mi batería asesto.  
 Ya, Anarda, estás pintada y repintada,  
 en la guerra y la paz pintiparada,  
 vamos ahora á ver si se despinta  
 cuanto el gusto pidiéndome te pinta,  
 que puede ser que en ello, fino amante  
 por la pinta me saques al instante.  
 Mi mano es de un reloj la mano diestra  
 que no da sino muestra,  
 y me haré de tapiz figura airada  
 que está amagando dar y no da nada;  
 pues por no disgustarte  
 no darte intento sin dejar de darte  
 que hay, en esto del dar, tales estragos  
 que es mucho hallar quien dé ni aun por amagos.  
 Mis prendas de poeta, aunque cabales,  
 nadie dará por ellas cuatro reales;  
 pero te ofrezco, porque no te ofendas,  
 de soldado empeñar todas mis prendas.

Tu primer petición, á troche y moche,  
 es que te compre coche,  
 y es intento que el diablo no ha pensado,  
 porque vayas en coche, ir yo arrastrado.  
 Antes con Satanás vieja se vea  
 quien tan inútil invención desea,  
 pues de verte á ambos males condenada  
 más quiero verte rucia que rodada;  
 y damas de tu porte  
 no es bien que anden en ruidos por la corte,  
 y fuera en mí muy grande desafino,  
 pues galán que da coche es un cochino,  
 burlador de la dama que venera,  
 presentándole cosa tan trasera,  
 y siendo tú de mí tan estimada  
 dirán que yo te traigo aperreada  
 que á los cocheros, en Madrid, sin hierros  
 todo el mundo los llama azotaperros,  
 y tú no has cometido algún desastre  
 para que nadie por Madrid te arrastre;  
 mas si el coche tu gusto tanto empeña  
 yo te pondré á la puerta una cureña  
 que, de noche y de día,  
 pueda pasear muy bien tu artillería;  
 que aunque no es carruaje tan lucido  
 cuesta menos y no hace tanto ruido;  
 y si á pasear tu garbo en ella empieza  
 te dirán todos que eres linda pieza,  
 pues descubierta, en continuados giros,  
 mejor desde ella acertarás tus tiros,  
 y entre y otra especie de cochero  
 mal por mal mejor es un artillero,  
 Y si este coche admities, por mi vida,  
 nadie habrá que prestado te lo pida.  
 La segunda demanda  
 de cuatro piezas es de fina Holanda,  
 con que á tus camas blancas y mullidas  
 les hagas de ellas sábanas lucidas,  
 y el pedir para sábanas sin tiento  
 de tu donaire es poco miramiento,  
 que aunque hayan de ser tales  
 me está oliendo á demanda de hospitales,  
 y es fuerza que cristiana de ser dejes  
 pues dormir gustas en poder de herejes,  
 y yo temiera cuando tal pensara  
 que una noche el demonio me llevara.  
 Mas fuerza es, si lo quieres, que yo vaya,  
 á traerte estas piezas de la Haya,  
 que es de Holanda la corte,  
 donde se funden de estupendo porte,  
 y de ellas abundantes sus armadas  
 navegan ambos mares artilladas;

y pues si han de ser no me das cuenta  
de á treintaicuatro libras ó cuarenta,  
de buen calibre á dártelas me obligo,  
porque allí tengo un fundidor amigo  
de cuya casa, aunque parece pobre,  
dicen todos que allí se bate el cobre;  
y yo juro, si á darte así comienzo,  
que á tu muralla no le falte lienzo.  
Acápiteme tercero entra un estrado  
de terciopelo verde ó encarnado,  
donde con gran decencia solicitas  
recibir muy de asiento tus visitas;  
y si verdades hablo  
los tres pelos del diablo  
debes tú de tener, según recelo,  
pues me quieres pelar con terciopelo.  
Si el tercio fuera solo (no te asombres)  
uno te diera de doscientos hombres;  
pero es de los arrieros vil comercio  
que solamente un hombre forme un tercio;  
mas, á solas contigo, de repente  
puedo hacer tercio levantando gente,  
porque cosas como estas es quimera  
querer que se hagan sin alzar bandera;  
pero no te me aflijas  
con mis temas prolijas,  
que una entrada encubierta he de traerte  
de una plaza de Flandes, la más fuerte,  
pues para mí, que no se me da nada,  
lo mismo es un estrado que una estrada.  
La cuarta petición en que me empeñas  
es una gala, y rica por más señas,  
sin discurrir que es nombre muy usado  
llamar *gala* á la sarna del soldado;  
y si ésta el gusto apetecer te deja  
yo te la pagaré entre ceja y ceja,  
pues obligándome á rascar sin susto  
no dirás que no es gala de buen gusto;  
pero vaya de veras  
y hágote capitán sin más esperas,  
y en pescando en tu mano la bengala  
quita tres letras y tendrás la gala.  
Es lo quinto que pides, unas puntas  
con que á mi bolsa diestramente apuntas,  
y siento que me animes  
á darte cosa con que te lastimes,  
porque puntas de amantes que se quieren  
no solamente pican sino hieren,  
y te fio esta vez que mi puntada  
te deje si no herida, bien picada;  
pues pienso hacer, con gran bellaquería,  
sin tocar en el blanco puntería.

Daréte chuzos, alabardas, picas,  
alfanjes, lanzas, bayonetas, ricas  
partesanas, espadas,  
todas finas, lucidas y acabadas,  
que con ellas podrá tu airoso estilo  
con la más estirada darse un filo,  
y lleve el diablo la que así te viere  
si atrevida contigo se metiere.  
Al capítulo sexto, guarniciones  
pides de plata para dos jubones,  
y yo pensé, al llegar tan linda al verte,  
que nadie se atreviera á guarnecerte;  
pero te puede dar el gusto gajes  
por saber que se compran tus encajes;  
mas no pierdas las ganas  
que, aunque son veteranas,  
guarniciones tendrás sobresalientes,  
numerosas, lucidas y valientes;  
tendrás la fuerte guarnición de Lilla  
que ha sido de holandeses la polilla,  
la de Amsterdám, Bruselas, Barcelona,  
la de la ciudadela de Pamplona,  
la de Yelnes, Tornay y la Chapela,  
la de Extremoz, Nonara y la Rochela,  
la de Cádiz, el Puerto y su bahía,  
fuerte muro de toda Andalucía,  
y aún tendrás, si ambiciosa la quisieres,  
la de Andenarda, Puigcerdá y Amberes,  
que estando todas ellas con cuidado  
asistidas de sueldo bien pagado,  
para mayor decoro  
guarniciones serán de plata y oro;  
y con eso estarás toda tu vida  
con tanta guarnición bien guarnecida.  
La séptima demanda de tu lista  
de seis punzones es, á letra vista,  
con que airoso se adorne sin recelo  
el primoroso jaque de tu pelo.  
Pero yo discurría  
que los punzones, linda bobería,  
aquí por axperiencia  
conozco, en mi conciencia,  
que hay soldados, grandísimos bonetes,  
tan solo buenos para abrir ojetes;  
mas yo les rindo el cuello  
desde que sé que adornan tu cabello;  
sean quien fueren estos mis señores  
soy el más bajo de sus servidores,  
y échenme de tu esclavo treinta sellos  
como no gaste medio real en ellos.  
El no saber quien son estos coritos  
tiene mi corazón en mil confitos;

mas veamos si acaso de pasada  
con un algamacén les doy palmada.  
Cuerpo de tal! qué linda repelona  
con los punzones ha de arder Bayona!  
Allá van arcabuces y bandolus,  
mosquetes, escopetas y pistolas;  
allá van carabinas y esmeriles,  
que ingenios son del fuego bien sutiles,  
de cuyo impulso esperas como avispas  
sale oprimido el fuego echando chispas;  
y para el pelo, Anarda, aunque perdones  
también se llaman chispas los punzones.

De seis pares de guantes (linda treta)  
es la octava estación de tu receta;  
maldita acción de damas demandantes  
que andan echando guantes,  
y por no tolerar las manos frías  
las hacen vergonzantes ú obras pías;  
mas déjame quejar, si es que te agrada,  
porque me duele mucho la guantada,  
y es lástima que manos tan divinas,  
llenas de perfecciones peregrinas,  
cuando son en lo bello tan cabalés  
se aforren con pellejos de animales;  
porque han de parecer, con mal concierto,  
manos de penitente de desierto;  
y más cuando tus uñas, aguilonés  
de echar la garra, pueden dar lecciones;  
pero si ello ha de ser, sin más zozobra,  
vamos poniendo manos á la obra,  
y llévate hacia allá, con breves coplas,  
por mi gusto seis pares de manoplas;  
que con ellas tendrás, si de eso pende,  
de hierro y de algodón manos de duende,  
y en cualquier guerra, tibia ó disputada,  
con ellas entrarás de mano armada;  
y no hay pensar que en mi porfía cese  
que las has de llevar, aunque te pese,  
que si aguantan tus guantes tus amantes  
justo es que, pues los pides, los aguantés.

Aquí dieron la piel amontonadas  
las ocho peticiones mencionadas;  
y no dirás, Anarda, que tu gusto  
en mi garbo ha encontrado algún disgusto.  
Pídemme sin vergüenza á todas horas  
que, pidiendo sin darte, me enamoras.  
Píde sin ton ni son mil zarandajas  
al ruido de los pífanos y cajas;  
píde por esa boca cuanto quieras  
que, aunque mis faltriqueras  
en aflijidas calmas  
se miran como Dios quiere á las almas,

á boca de cañón ó de escopeta  
de arcabuz, de pistola y de bragueta,  
con su lana y su pelo  
te daré cuanto pida tu desvelo;  
porque cuando me falten los calzones  
sabré vender un trozo de valones,  
y tanto á tu placer tierno me obligo  
que entregara una plaza al enemigo;  
pues habiendo sobornos  
no hay nadie que me gane en hacer tornos,  
y dejando la bolsa bien guardada  
sé muy bien darlo todo y no dar nada.

#### De don Jerónimo de Monforte:

Veo el papel, Marica, en que me pides,  
ó por mejor decir, que me despides;  
pues en casos de amor al escucharme  
es lo mismo pedirme que negarme.  
Veo otra vez, repitó y otras ciento,  
la nota de tu humilde pedimento  
al cual respondo, porque en tal propuesta  
ya es principio de dar el dar respuesta.  
Para hacer un Cupido me has pedido  
un clarín delicado, que haya sido,  
por sutil y delgado,  
del hilo del discurso fabricado;  
y así te envío, niña,  
un trompeta de dos de Traslaviña.  
Puntas para fustán me pides luego,  
y viendo en lo que el ruego  
estima que haces guerra  
al pecho con las puntas que en tí encierra,  
te prevengo mi espada  
para darte de punta la estocada.  
De plumas á la moda con penacho  
monterilla me pides de gabacho,  
que coroneles ricos  
muy propios son en tí y en mi postizos;  
y porque al campo salgas más armada  
á tu servicio ofrezco mi celada.  
Para guardar tus galas ¡lindo chistel!  
una caja muy grande me pediste,  
y pronta mi obediencia no te ataja  
que enviándote el tambor te doy la caja.  
Recibe, pues, Marica,  
lo que guerrero amor te sacrifica,  
que si de algunas cosas más te agradas  
aun tengo para darte unas trompadas.

## JUICIO SINTÉTICO

Desentendiéndonos de la insustancial glosa, hay que convenir en que los académicos derrocharon ingenio y agudeza en los ovillejos. El padre Sanz, de los mínimos de San Francisco de Paula, versifica en esta velada con una galanura que no ostentó en su romance de la sesión anterior.

R. P.



## ACTA DÉCIMA

ACADEMIA QUE SE CELEBRÓ EN EL REAL PALACIO DE LIMA, EN OBSEQUIO FESTIVO DE LOS FELICES AÑOS DEL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE V. (QUE DIOS GUARDE) EL DÍA 19 DE DICIEMBRE DEL AÑO 1709.

### CONCURRENTES:

*Su Excelencia, que hizo oficio de Fiscal,*  
*Don Juan Manuel de Rojas, presidente,*  
*Don Gonzalo Cayetano de la Torre, secretario.*

<i>El P. M. Fr. Agustín Sanz</i>	—	<i>El marqués del Villar del Tajo</i>
<i>El licenciado don Miguel Cascante</i>	—	<i>Don Pedro de Peralta</i>
<i>El marqués de Brenes</i>	—	<i>Don Jerónimo de Monforte.</i>
		<i>Don Pedro Joseph Bermúdez</i>

Un discreto orador llamó al amor sin obras, luz sin llama: porque su tibio esplendor recrea los ojos y no enciende los pechos. Vanamente pondera lo que ama quien, en las obras, no muestra lo que quiere. El extremo con que el Excmo. señor marqués de Castell-dos-Rius amaba á nuestro Rey y Señor don Felipe V. era exceso de fineza, viviendo afectuosamente rendido á sus reales heróicas prendas, y fervorosamente empeñado en defender la justicia de su derecho, como quien puso (siendo Embajador de su mismo Rey) veinte y dos coronas de los reinos de España en su real mano. Debióle la Grandeza, tan debida á sus méritos heredados y adquiridos, y el gobierno de estos reinos, á quien hizo Su Magestad la merced de enviarle un Virrey mayor que su fama, y mejor que nuestras esperanzas. Y así era su ardiente celo, nacido de agradecimiento y amor, como lo manifestaron sus infatigables operaciones y finezas, ejecutadas en el real servicio, las cuales pedían más copioso volumen para su relación. Pero cuando llegó á esta corte de Lima la noticia feliz del nacimiento del